

ENTRE LÍNEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

El arte reciclado como posibilidad de transformación: el caso del Museo Mundo Chatarra

Yobana Orozco Benavides

yorozcob@ut.edu.co

Educación Artística, VII semestre

IDEAD - Universidad del Tolima



Introducción

En una época marcada por el exceso de consumo, la sobreproducción de desechos y la pérdida de sentido, el arte emerge como una posibilidad para resignificar lo que parece inútil. El arte reciclado no solo

transforma materiales, también transforma miradas, conciencias y territorios. En este ensayo propongo una reflexión en torno al Museo Mundo Chatarra, una experiencia artística, pedagógica y ecológica que conocí de primera mano en el barrio San Antonio de Cali,



Alex Libreros, fundador del Museo Mundo Chatarra.
Autor de la foto: Yobana Orozco Benavides / Fuente: Archivo personal.

guiada por la voz sensible y apasionada de su creador: Alexander Libreros. Esta visita no fue solo una exploración estética, fue un acto de reconocimiento humano, espiritual y ambiental. Allí comprendí que la chatarra puede vibrar con poesía, que los objetos pueden hablar, y que el arte puede ser una pedagogía del alma.

El reciclaje como gesto poético

Reciclar puede parecer una acción técnica o ambiental, pero en manos de Alexander se convierte en acto poético. Él no recolecta piezas por necesidad, sino por afecto. Cada tornillo, cada engranaje oxidado, cada fragmento de maquinaria representa una historia, una energía latente. “El universo quiere que yo haga cosas con esto”, me dijo, mirando una pieza de motor como quien contempla una constelación. En su taller, las piezas no son basura: son símbolos, son semillas de lo posible.

Lo que más me impactó fue su forma de relacionarse con los objetos: los limpia, los observa, les da tiempo. Esa actitud amorosa

revela una forma de resistencia a la rapidez del mundo actual. No busca eficiencia, busca sentido. Su obra comienza mucho antes de la soldadura: comienza en el silencio, en la escucha, en la intuición. Para Alexander, el reciclaje es un diálogo con el universo, una forma de responder al caos con armonía.

El arte como narrador de historias silenciosas

En el Museo Mundo Chatarra no hay guías impresas ni audífonos con narraciones. Las historias se cuentan en el lenguaje de la forma y del metal. *Don Quijote en bicicleta elíptica* fue la primera obra que me recibió. No era una escultura decorativa, era un manifiesto. Su forma desafiaba la lógica; sus componentes, todos reciclados, se alineaban como si hubiesen esperado años para encontrarse en esa figura.

A su lado, *Dulcinea embarazada* irradiaba una fuerza única. En su vientre de acero no solo crece un bebé: crece la metáfora del renacer. Pero también es mucho más: *Dulcinea* deja de ser un imaginario creado por el Quijote y se vuelve una realidad autónoma, poderosa, fértil. Ya no es solo el amor idealizado; ahora es la vida que se gesta, la mujer que crea. *Sancho Panza*, sobre otra bicicleta, tiene múltiples ojos. Alexander me confesó que, aunque ya lo ha trabajado, en su corazón siente que aún no ha terminado esa obra, que le faltan más ojos, más alma. *Sancho* vigila el equilibrio entre la locura y la razón, entre el pasado que observa y el futuro que llega.

Me detuve ante un *Pinocho* hecho de engranajes, y fue una experiencia tan profunda como lúdica. Alexander me lo mostró con una sonrisa brillante, con orgullo. Sacó un lápiz y lo acercó a su nariz, que tenía movimiento. *Pinocho* crecía, reaccionaba, respondía. En ese gesto poético y mecánico comprendí lo asombroso de su mensaje: ¿cuál es la verdad en tiempos de simulacro? ¿Cómo distinguir lo real cuando todo parece programado para parecer verdad?

Luego me presentó la “Máquina del Amor”, una obra que anticipa un futuro inquietante: un tiempo donde el contacto físico ya no será posible, donde el amor se experimentará de forma virtual, despojado de la piel. Esta pieza nos advierte, nos incomoda y nos interroga: ¿qué perderemos si la ternura se convierte en datos? ¿Qué humanidad habrá sin el cuerpo?

Finalmente, los extraterrestres que habitan su mundo escultórico nos hablan también de ese tránsito entre lo artesanal y lo tecnológico. Antes, todo se hacía con las manos; ahora, todo tiende a lo digital. Estas criaturas de metal parecen ser tanto un recuerdo del pasado como una advertencia del porvenir.

Las esculturas de Alexander invitan a mirar más allá de la forma; son espejos filosóficos. A través de ellas, el artista dice lo que no pudo decir con palabras. Y quienes las contemplamos, completamos la historia con nuestra propia sensibilidad.

Pedagogía desde lo informal y sensible

Una de las cosas más hermosas del museo es que no impone un aprendizaje, lo inspira. No hay clases, pero hay enseñanza. No hay teoría, pero hay sabiduría. Alexander no se presenta como maestro, pero enseña con cada palabra, con cada gesto. Me compartió que cuando los niños visitan su museo, lo que más lo emociona es su capacidad de preguntar. “El orgasmo real es hacer preguntas”, me dijo riendo, y comprendí que su pedagogía es una pedagogía del asombro.

Este espacio es un aula expandida, sin techos ni pupitres, donde el aprendizaje ocurre a través del contacto, la emoción y la experiencia

estética. Cada visitante se lleva algo distinto, porque no se trata de aprender lo mismo, sino de descubrir lo propio. El Museo Mundo Chatarra nos devuelve la capacidad de mirar con detenimiento, de tocar con respeto, de pensar con el corazón. Es, en esencia, una escuela del alma.

Además, la visita deja huellas profundas en la forma de pensar el arte y su función social. Quienes nos formamos en la educación artística encontramos aquí una fuente de inspiración viva, no academicista ni dogmática, sino espontánea, comprometida y visionaria.

Las obras no nos enseñan técnicas, nos enseñan actitudes: sensibilidad, curiosidad, respeto por la materia, y una profunda responsabilidad con el entorno.

Arte, medio ambiente y transformación interior

En nuestra conversación, Alexander insistió en algo: el reciclaje no es solo por el planeta, es por nosotros. “El planeta se regenera, pero nosotros estamos desapareciendo”. En su visión, el problema ambiental está profundamente ligado a la desconexión espiritual. Vivimos desechando no solo objetos, sino relaciones, memorias, afectos. Por eso, el arte que crea no busca salvar al mundo, sino despertar conciencia.

Me habló de cómo cada pieza lo transforma también a él. Al dedicarle tiempo y atención, al limpiarla y observarla, se siente creciendo por dentro. “Eternizar el ahora”, lo llama. Esta práctica no solo genera belleza exterior, sino una expansión interior. Comprendí que su obra no



es solo ecológica: es terapéutica, es filosófica, es un camino de autoconocimiento.

Verlo trabajar es ver a alguien meditando en movimiento. Cada escultura es fruto de una alquimia entre el pasado del objeto y el presente del artista. En ese cruce surge algo nuevo: una posibilidad, una visión, un llamado. La transformación que Alexander propone es integral: del material, del espacio, del ser.

También es una crítica a la forma en que se ha gestionado el conocimiento y la tecnología en nuestra sociedad. Alexander trabaja con desechos del siglo XX, de una época que nos prometió avances pero también nos dejó incertidumbre. Su arte es una forma de poner orden, de reorganizar filosóficamente los restos de esa era, y así proponer una nueva narrativa para el presente.

Conclusión

El Museo Mundo Chatarra es mucho más que un conjunto de esculturas hechas con reciclaje. Es un testimonio vivo de que el arte puede nacer desde la necesidad, pero florecer en la libertad. Es la prueba de que la belleza no está en los materiales, sino en la mirada que los transforma. Alexander Libreros no solo es un artista, es un alquimista del alma, un narrador sin palabras, un educador sin aula.

En un mundo que corre hacia el olvido, su obra nos detiene, nos interroga y nos abraza. Y eso, más que arte, es humanidad





ENTRE
LINEAS